

trata de una lucha entre opuestos que concluye cuando uno de ellos, la noche, descubre la necesidad del otro para existir. No se anula la tensión entre luz y oscuridad, sino que se descubre en ella un equilibrio fundamental. Koku-yó necesita de la noche para brillar, y la noche, a su vez, necesita de la débil luz de éste para manifestarse plenamente. Llegar a este equilibrio no resulta fácil; la noche, en su poder, pretende destruir por muchos medios a estos débiles intrusos; ellos, a pesar de su debilidad, deben cuidar el preciado tesoro del cual son portadores. Resulta particularmente bello el momento en el cual el árbol de Olleto abre sus frutos para tender una cálida trampa a Koku-yó y, al cerrarlos, en vez de extinguirlos termina convertido en luz y comienza a vibrar. Koku-yó es capaz de iluminar todo lo que toca e incluso de convertir en luz a los que pretenden destruirlo.

Formalmente, la obra se encuentra dividida en una serie de relatos cortos que inicialmente presentan los personajes, luego las diferentes confrontaciones entre las dos fuerzas y finalmente la recapitulación en la cual luz y tinieblas son asumidas como facetas de la vida del hombre. La narración es clara y concisa, con economía de personajes y sobriedad en el manejo de los nombres —lo que no sucede con frecuencia cuando se trabaja la mitología con fines literarios—; parece una historia muchas veces contada que, por lo mismo, se va convirtiendo en un relato fundamental, estable y, de cierta manera, cerrado en sí mismo. Un relato que es lugar obligado de referencia para los que habitan el país de Manaré, quienes tienen que labrar un sentido sobre la realidad escabrosa y ambigua que habitan.

Ciertamente, nosotros ya no vivimos el mundo de los hombres primitivos, y nuestra capacidad para percibir los cambios en la naturaleza cada vez es menos capaz de sutilezas —en las ciudades el cielo se oscurece pero la noche parece que nunca llega—. Creemos, incluso, que dominamos la naturaleza, pero la tierra se está desmoronando bajo nuestros pies calzados; inventamos cosas y contemplamos con asombro cómo se nos salen

de las manos y nos atacan. Estamos, por lo tanto, en la misma incertidumbre del hombre primitivo y tenemos la misma necesidad de una dimensión de sentido que ilumine nuestras oscuridades. Las preguntas de los hombres primitivos siguen teniendo sentido para nosotros, y Koku-yó, Mensajero del Sol, tiene todavía mucho que enseñarnos.

MANUEL GARNICA MARTÍNEZ

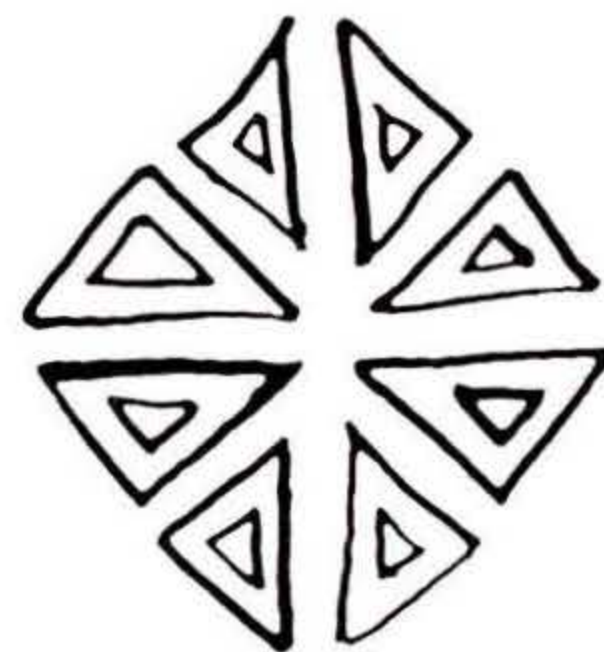
Cuentos de niños para adultos

La silla que perdió una pata y otras historias
Triunfo Arciniegas
Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1988.
98 págs.

Como si se tratara del payaso juguetón y enamorado de su cuento, Triunfo Arciniegas nos lleva de la mano por una serie de situaciones en donde momentos de gran poesía e intensidad alternan con otros en que la narración amenaza perderse en los detalles. Se trata de historias que parecen más el fruto de noches de amor y de ocio que de días de libros, papeles y borradores; de historias contadas con placer, como inventadas a medida que se las cuenta; de historias que se refieren a otras historias —lo que resulta tan propio de las narraciones orales— y que habitan este libro como pequeños cuentos de una o dos frases: el de la bicicleta verde que se creía un árbol lleno de pájaros hasta que una muchacha de mejillas encendidas le regaló una rosa; el del lápiz de tres centímetros que había acabado con el borrador porque este se la pasaba contradiciéndolo; el del gallo que no sabía cantar y temía terminar en la olla del sancocho, y muchos otros más.

No resulta difícil descubrir detrás de estos cuentos una mente llena de situaciones que se entrelazan y que constituyen un mundo maravilloso donde los seres humanos, los anima-

les y las cosas participan de las mismas características y de las mismas contradicciones. No se percibe afán por dar enseñanzas morales —tan propio de las llamadas literaturas infantiles—; por el contrario, entroncado en la gran literatura de nuestro tiempo (Marcel Proust, Lawrence Durrell), el autor renuncia a crear personajes estereotipados que representen las virtudes y los vicios, y nos presenta seres vivos ambiguos e inclasificables. Ejemplo de ello son las sillas del cuento que da nombre a este libro: en un primer momento aparecen como un grupo de señoras antipáticas y crítonas pero luego, sin perder estas características, van sufriendo el paso del tiempo y sus estragos de manera tan irremediable, que es imposible evitar solidarizarnos y sentir ternura por ellas.



Vale la pena hacer resaltar la gran variedad de historias de amor que encontramos en estos cuentos, desde el beso desprevénido que la niña, al pasar en su bicicleta, envía al payaso, hasta la cruel historia de la bella golondrina que desprecia de tal manera al gusano que la ama, que ni siquiera se lo quiere comer.

Es este un libro en el cual se recogen muchas experiencias y muchas vidas, la mayoría de ellas relacionadas con el mundo de los intelectuales y los artistas: el marranito filósofo; el payaso; caperucita verde, que en un momento de su vida escribe poemas; el profesor que durante un tiempo es dueño de la más bella taza de té del mundo, y el león que —a su manera— escribía cartas de amor al ave del paraíso en la corteza de los árboles o en la piel de sus víctimas, son algunos de ellos.

Aunque mucho se ha escrito sobre la validez de nombrar como infantil

cierto tipo de literatura, los criterios para hacerlo nunca acaban por estar claros. En este libro se trabajan los personajes típicos de los cuentos infantiles, pero en muchos casos las historias que se cuentan son más propias del mundo de los adultos que del de la gente menuda. Sin embargo, este libro, por su narración espontánea, es un llamado que nos concierne a todos, grandes y chicos, para dejar salir, para dar vida, para contar, nuestras propias historias.

MANUEL GARNICA MARTÍNEZ

¿Biografía, o documentación?

Antonio José Uribe

Humberto Cáceres

Fundación Segunda Expedición Botánica,
Bogotá, 1987, 283 págs.

Todo alumno de derecho conoce, siquiera de nombre, la obra clásica de Champeau y Uribe, *Tratado de derecho civil colombiano**, del cual misteriosamente sólo existe un volumen de los cinco originales, de setecientas páginas cada uno. Pocos saben en realidad quiénes fueron sus autores, el profesor francés Edmond Champeau y Antonio José Uribe Gaviria, objeto de esta biografía "por encargo". Pocos saben también, y este libro lo ignora, el destino infausto que cupo a esa gran obra, hoy joya bibliográfica, cuyos originales perecieron el 9 de abril de 1948, sin que se conozcan copias, según el testimonio de quienes tuvieron acceso a la obra completa, como el doctor Rodrigo Noguera Laborde.

No escribir sino sobre lo que se ama, aconsejaba Renan. Ese, y no otro, puede ser el pecado original de todo libro por encargo, que como éste, patrocinado por Colciencias, es una demostración más de que el ánimo de trabajar, sin objetivos claros, no conduce sino a un derroche inútil de energías, porque es mejor no hacer

nada que elaborar un texto completamente anodino o, por qué callarlo, francamente insoportable. El motivo de tal encargo es la autoría de nuestra Ley Orgánica de la Instrucción Pública (ley 39 de 1903), obra de Uribe como ministro de Instrucción Pública. El personaje, es verdad, fue autor de una labor verdaderamente grande en ese ramo: a su esfuerzo se debieron las Escuelas de Artes y Oficios, el Congreso Pedagógico Nacional, la reinstalación, en 1904, de la Universidad Nacional, y el establecimiento de la obligatoriedad de la educación física. Aun así, es más interesante, a nuestro entender, su labor diplomática. Varias veces canciller de Colombia, Uribe fue autor de nuestra primera recopilación jurisprudencial, así como de los célebres *Anales diplomáticos y consulares de Colombia*, del libro *La reforma administrativa* (1903) y de un



Tratado de derecho penal, junto con Carlos E. Restrepo, entre un número de obras que lo cuentan entre los más prolíficos escritores de toda nuestra historia, debiendo hacerse resaltar, de su labor impresionante como internacionalista, su proyecto de un código de derecho internacional. Sabemos, además, que trató temas literarios en escritos perdidos.

¿Cómo fue la vida de ese hombre serio, pero afable y gentil, tan recordado por familiares y amigos? El libro no da una respuesta. Su infancia es traducida en un retrato del Medellín de 1869, para lo cual se acude a documentos que dicen más del general Pedro Justo Berrío que de la ciudad, y simplemente se hace un repaso de la historia político-militar de Antioquia, antes de naufragar definitivamente en un fárrago de datos, de listas, y en un catálogo tedioso de nombres propios en cantidades verdaderamente alarmantes, como que pasan de cien en algunas páginas; para

completar, no indica las fuentes, mientras que sí nos ofrece los textos completos de varios tratados como el del Winsconsin, que puso fin a la guerra de los Mil Días, el Herrán-Hay (14 págs.), el Urrutia-Thomson, o el Lozano-Salomón, añadiendo su larga ratificación, el Acta de Independencia de Panamá, fragmentos de discursos bien conocidos, mensajes al congreso, declaraciones, proclamas, manifiestos, consultas, pasquines, presentaciones de libros que, por desgracia, a veces dicen más del personaje que todo lo demás, sin obviar los firmantes completos de cuanto decreto se atravesó en la vida del personaje, convirtiendo poco a poco el libro en una pesadilla dantesca superior a la de leer de seguido el Diario Oficial o los Anales del Congreso.

Nos cuenta el autor que Uribe realizó investigaciones jurídicas con Fernando Vélez, su maestro, a quien "admiró en sumo grado y escuchó de sus labios hermosas anécdotas y enseñanzas inolvidables". Es decir, precisamente lo que hace falta en este libro. Ni una sola anécdota, ni un solo rasgo circunstancial, viven en él, aunque, según propia confesión del autor (pág. 35), haya hecho un rápido viaje a Medellín en busca de información.

En un ensayo sobre la poesía de Cote Lamus, Hernando Valencia Goelkel emprendió una reivindicación de la anécdota, "una de las bestias negras de los preceptistas actuales". No sé bien qué sea una biografía, pero si sé que este libro no lo es. Los lectores busquemos, ciegamente, quizá culpablemente, aquello que tan a la ligera llamamos "el hombre", encerrado, lo presumo, en la anécdota, alma misma del discurso. De Antonio José Uribe sabemos apenas, en estas páginas, que nació, se casó y murió. Para no pecar de injustos en la apreciación, nos queda claro que en 1886 Uribe obtuvo la máxima calificación universitaria, que "no presentó fallas de asistencia y su conducta mereció el calificativo de intachable" (pág. 30) y que su esposa fue doña Clementina Portocarrero Carrizosa: "En el nuevo hogar halló [...] el complemento indispensable de su vida y la razón de

* Uribe, Antonio José y Edmond Champeau, *Tratado de derecho civil colombiano*, París, L. Larousse, 1899, 22 cm.